

ANALFABETISMO Y NIVEL DE VIDA

El analfabetismo es una de las mayores lacras sociales, pues significa la existencia de seres defectuosos, con un desarrollo intelectual incompleto, que no les permite alcanzar el tipo medio que corresponde al hombre civilizado.

De ahí que en todas las naciones cultas se hayan preocupado en resolver este problema, creando multitud de centros de enseñanza, haciendo obligatoria la instrucción primaria y favoreciendo el desarrollo de las Instituciones particulares dedicadas a la educación. También ha contribuído a esta ingente tarea de reducir el número de analfabetos, las disposiciones de los Gobiernos de la mayor parte de las naciones que obligan a enseñar a leer y a escribir a los reclutas, durante el período de instrucción militar.

Es difícil establecer conexiones entre analfabetismo propiamente dicho y nivel de vida. Nivel de vida es sinónimo de nivel de producción y éste, a su vez, depende de varias variables, una de las cuales es la suma de conocimientos de todas las personas que intervienen en el ciclo productivo. Por eso, la dependencia inmediata no es entre analfabetismo y nivel de vida, sino entre este último y nivel cultural.

No cabe duda de que una persona que sepa leer y escribir, está más capacitada para recibir influencias exteriores que le inculquen nuevas ideas, o le hagan comprender las ya conocidas, a fin de mejorar y aumentar su producción. Pero es también evidente, que el simple hecho de no ser analfabeto es, únicamente, el vehículo para la adquisición de esas ideas. Condensando: la circunstancia de saber leer y escribir no es suficiente para mejorar el hecho económico, aunque prácticamente es necesaria.

Este razonamiento económico lo vemos confirmado, pedagógica y sociológicamente, por el párrafo que copiamos de la página 5 de *Documenta*, cuaderno 385, de la Dirección General de Prensa.

«Es una equivocación lamentable pensar que la incorporación a la vida ciudadana en las sociedades del siglo xx se logra simplemente con la tarea previa de la mera alfabetización. Hay que enseñar a leer y escribir, pero hay que hacer posible luego la aplicación de estas técnicas a la consecución de una cultura elemental que ponga al joven en condiciones de convertirse en un miembro activo y operante de una sociedad civilizada. La extinción del analfabetismo es, pues, la faena primera; pero no la única y sería deplorable que se exigiese de la escuela la pura labor de enseñanza de las técnicas instrumentales. La sociedad tiene que exigirle mucho más, dándole los medios necesarios para que el leer, escribir y contar, sea sólo el eslabón inicial de sus tareas, mucho más amplias que ese mínimo, indispensable, sí, pero insuficiente para los requerimientos que la vida actual formula a todos.»

Por ambos caminos llegamos a la conclusión de que el simple hecho de sa-

bar leer y escribir no basta. Esto equivale, como máximo, a una roturación de la inteligencia. Hay que proseguir con el laboreo de la misma a fin de inculcar una serie de hábitos; respecto al conciudadano, amor al trabajo, encuadre de disciplina, etc., que formen una conciencia nacional y eleven la renta total.

De aquí se deducen los dos enfoques que consideramos en tan importante problema:

1.º Punto de vista político, con la formación de un sentir nacional, que no se limite a manifestaciones patrióteras o xenófobas, sino que, por el contrario, nazca de una comunidad de ideas dentro de un trabajo eficaz y disciplinado.

2.º Punto de vista económico, con la elevación de la renta nacional y consiguientemente del nivel de vida.

Con una base más técnica y económica que pedagógica, vamos a intentar bucear en las conexiones existentes entre los dos campos.

Es evidente que el conjunto de conocimientos necesarios al obrero para desarrollar su trabajo, es mayor cada día. Y no sólo por la ampliación de los primitivos, sino también por la incorporación de otros nuevos. Es decir, que nos veremos obligados a una de estas tres soluciones: ampliar el tiempo de enseñanza; podar algunas de las asignaturas tradicionales para dar entrada a las nuevas o conseguir inculcar ambas cosas en la mente del alumno, en el mismo período de tiempo que hasta ahora.

Eludiendo el tomar partido por una de ellas, cosa que no nos corresponde, es indudable la necesidad de dar entrada en la enseñanza a estas nuevas materias que, por otra parte, no son comunes a todos los oficios.

En una proyección agrícola primaria, más importante que saber dónde están las Bermudas, es que el agricultor sepa regar, abonar o entender una máquina. Así como un labrador está tan unido a su ganado, que nota a distancia que su vaca o mula tiene ojos tristes, y, por lo tanto, le pasa algo anormal, es necesario que llegue a esta misma compenetración con la máquina, pues de otra forma, no le saca el provecho a que puede y debe aspirar y deja incluso de creer en ella, alegando que le resulta antieconómica o que le ocasiona muchos quebraderos de cabeza. El agro español necesita urgentemente mecanizarse, como ha señalado repetidamente nuestro Ministro de Agricultura, para ampliar sus áreas de cultivo y defenderse de la creciente alza de la mano de obra que encarece la producción. Hay que tender a producir más barato, y para ello es necesario que la masa rural comprenda y llegue a querer a la máquina. Es decir, que tenga una educación mecánica. Y así vemos cómo un problema que parece estrictamente técnico y económico, descansa sobre una base puramente educativa.

En ambientes distintos, industrial, minero, etc., los conocimientos necesarios para la elevación en los rendimientos económicos son diferentes.

Nos vamos a circunscribir principalmente al medio rural porque, aparte de sernos más conocido, es donde existe mayor número de analfabetos y están más acusados los problemas que su existencia plantea.

Un bajo nivel de vida es correlativo de un elevado índice de analfabetismo. ¿Cuál de los dos es la causa? ¿Origina el bajo nivel de vida el alto índice de

analfabetos, o, por el contrario, el elevado número de analfabetos es la causa del bajo nivel de vida?

Nosotros creemos que la causa primordial, aunque no exclusiva, es el bajo nivel de vida.

Pero mucho más importante que discriminar la causa, es ver en dónde hay que concentrar nuestros esfuerzos, para atajar el mal con el mínimo de gastos y de tiempo. Para ello, vamos a estudiar la distribución en las distintas regiones de los analfabetos existentes en el año 1951, y luego, los compararemos con los correspondientes en el año 1900.

Los porcentajes de ambos años, que se refieren a los reclutas incorporados a filas, resultarían más elevados, si a ellos se sumasen los correspondientes a las mujeres. Además, los indicados para el año 1900 están aún más falseados, puesto que no siendo obligatorio el servicio militar y aparte de las exenciones legales y del sorteo que dejaban fuera de filas jóvenes de todas clases sociales, existía aún la redención a metálico que privaba a nuestro ejército de muchos mozos de clases acomodadas que casi todos sabían leer. Pero como todas las regiones vienen afectadas en el mismo sentido por esa causa de error y las comparaciones van a ser entre ellas, prácticamente se elimina y las deducciones que se saquen serán correctas, permitiéndonos inducir las causas económicas y sociales del atraso cultural, que están directamente relacionadas con la economía agraria y la estructuración jurídica de la propiedad. A ellas se unen los pesos debidos a psicología y costumbres.

Ordenando los porcentajes medios de analfabetos que nos da la estadística correspondiente al reemplazo de 1951, última de la que tenemos referencia, obtenemos:

R E G I O N E S	Porcentajes
Andalucía	25'26
Canarias	22'13
Extremadura	21'14
Murcia	17'97
Castilla la Nueva	9'53
Galicia	4'89
Valencia	4'64
Baleares	3'33
Aragón	3'24
Cataluña	2'59
Asturias	2'24
León	2'04
Navarra	1,69
Castilla la Vieja	1'63
Vascongadas	1,05

La media es de 8'22. Por encima de la media tenemos cinco regiones: Andalucía, Canarias, Extremadura, Murcia y Castilla la Nueva. Todas ellas son

regiones típicamente agrícolas. Por debajo están todas las zonas consideradas como de más alto nivel de vida.

Parece, a simple vista, que el número de analfabetos está en razón directa de la cantidad de gentes que viven del trabajo agrícola, lo que no es exactamente cierto, puesto que regiones agrícolas como Castilla la Vieja y León tienen porcentajes medios de analfabetos de 1,63 y 2,04 respectivamente. Hay que considerar, además, la forma en cómo está repartida la tierra. Así como en Castilla la Vieja y León está muy dividida la propiedad, incluso en exceso, lo que origina que gran parte de la población sea propietaria, aunque precaria, en Andalucía está en pocas manos, por lo que la mayoría de los naturales son exclusivamente braceros, dependiendo del jornal que ganan, lo que se acentúa en zonas de monocultivo acusado, debido al cual existe un agudo problema de paro estacional. Este caso adquiere marcados caracteres en Jaén y precisamente en Jaén, la provincia andaluza con más elevado índice de analfabetos (26'15).

Creemos está claramente demostrado, que los dos factores de cuya conjunción resulta un bajo nivel de vida y su secuela de un alto número de analfabetos, son la existencia de una gran masa de población agrícola y una concentración de tierras en pocas manos. Ello no implica nuestra protesta ante el segundo factor. Desde un punto de vista económico, a España le interesa mucho más la existencia de fincas grandes que de muchas pequeñas. Primero, porque admiten el empleo de maquinaria y producen más barato, y, en segundo lugar, porque es siempre mucho más fácil parcelar que concentrar en caso de que haya excesos. Ahora bien, el hecho real que debemos señalar es el de que en zonas donde la propiedad está poco dividida, el número de analfabetos es más elevado.

En el año 1900 la distribución por regiones del número de analfabetos era como sigue:

R E G I O N E S	Porcentajes
Murcia	77'51
Baleares	77'03
Canarias	75'26
Valencia	75'14
Andalucía	73'49
Extremadura	71'62
Galicia	69'75
Aragón	65'58
Castilla la Nueva	61'86
Cataluña	61'15
Asturias	53'92
León	48'66
Castilla la Vieja	46'57
Navarra	44'60
Vascongadas	42'43

La media era de 63,78, habiendo ocho regiones con porcentajes medios superiores a ella: Murcia, Baleares, Canarias, Valencia, Andalucía, Extremadura, Galicia y Aragón.

De la comparación de las dos estadísticas observamos:

Que existiendo en 1900 ocho regiones con porcentajes superiores a la media, y siendo solamente cinco el número correspondiente en 1951, el problema se ha concentrado en menos extensión, pero, en cambio, se ha agudizado. Tanto es así que, comparando términos externos, existían en 1900 dos murcianos analfabetos por cada uno vasco y en 1951 hay por cada analfabeto vasco 23 andaluces analfabetos.

Que las seis regiones de índices más bajos en 1900, Vascongadas, Navarra, Castilla la Vieja, León, Asturias y Cataluña, son las mismas y en el mismo orden en 1951 con la única salvedad de haber permutado sus puestos Navarra y Castilla la Vieja. Es decir, que las regiones que en 1900 habían iniciado el despegue, después de cincuenta años, siguen a la cabeza de la cultura española.

Que el descenso mayor lo ha dado Castilla la Nueva que es la única región que, estando en la zona que pudiéramos llamar positiva en 1900, pasa en 1951 a la zona negativa. Y es Castilla la Nueva la región que menos ha evolucionado en este último medio siglo si descontamos a Madrid y su zona de influencia.

Pero más interesante para nosotros es ver qué regiones han sido las que han sacudido el letargo en que vivían y cuáles son las causas que lo han determinado.

Para ello basta hallar las diferencias entre los porcentajes de 1900 y los de 1951. Dos regiones destacan notablemente sobre las demás. Baleares con una disminución del 73,70 por 100 y Valencia con 70,50 por 100.

Expresándolo por orden de colocación, Baleares que ocupaba el séptimo puesto por encima de la media en 1900, pasa en 1951 al tercer lugar por debajo de la misma. Valencia, que ocupaba el quinto lugar por encima de la media a comienzos de siglo, está actualmente en el segundo puesto por debajo de ella.

¿Cuáles son las causas de esta recuperación? A nuestro entender hay un hecho importante en cada región que da origen al cambio.

En 1892 Eduardo Alfredo Martel publica su libro «Exploraciones Espeleológicas en Baleares y Cataluña» que da a conocer al mundo las cuevas del Drach y de Artá. A partir de este conocimiento se inicia una corriente turística que, sabiamente atendida, origina en las Islas un aumento de nivel de vida y un aumento correlativo del nivel cultural.

En 1840 se envía la primera partida de naranjas a Inglaterra. Tiene aceptación y se va incrementando el cultivo, primero lentamente, y luego a ritmo creciente, estando Valencia a primeros de siglo en pleno auge naranjero. De tal modo origina este hecho una parcelación del terreno, un aumento de riqueza y consiguientemente del nivel de vida, que son ya clásicos los dos ejemplos siguientes:

Don Vicente Monzó, sacerdote de Alcira, tenía 150 áreas de tierra regadas por una noria, obteniendo de renta 150 pesetas, y a los pocos años, al plantarlas de naranjos y granados, ascendió dicha renta a 3.500 pesetas. En Burriana, el huerto de Mascarós fué comprado por 11 pesetas y un cerdo. Se convirtió en

naranja, fué vendido al fallecer su dueño, y una de sus partes se vendió en 10.000 pesetas.

Vemos cómo un aumento en el nivel de vida se traduce inmediatamente en una elevación del nivel cultural, debido a que la gente se convence de la conversión rápida de conocimientos en dinero. Incluso en las familias adineradas los chicos estudian carreras cortas de aplicación, peritajes principalmente, no para hacer oposiciones al Estado, sino para seguir la industria o comercio familiares.

Veamos ahora las consecuencias que obtendríamos concentrando únicamente nuestros esfuerzos en el otro factor de la correlación; elevando el nivel cultural. No quiere decir que debemos optar por uno de los dos caminos: nivel cultural o nivel de vida. Se puede y debe trabajar en los dos, pero, lógicamente, uno de ellos llevará el peso principal y nos conviene sea el más económico y de mejores resultados a corto plazo, pues en este resurgir de España, es cuando nos damos cuenta de la verdad del aforismo inglés «el tiempo es oro».

Se puede elevar el nivel cultural de la masa agrícola, a base de incrementar el número de escuelas y de maestros, dotando mejor a los ya existentes, en especial al profesorado. La mayor parte de la población ciudadana no alcanza a comprender la abnegada labor del maestro rural que, joven y pleno de ilusiones, se encierra, o más bien se entierra en una perdida aldea, carece las más de las veces de toda comodidad, sin agua corriente, sin luz eléctrica, sin distracciones y sin un ambiente adecuado a la formación que ha recibido. Allí, calladamente, va desarrollando día tras día su tarea, viendo cómo los más capaces de entre sus alumnos, que tan amorosamente fué formando, huyen a la ciudad, mientras él o ella quedan en el pueblo, al que llegaron unos lustros antes, que sigue su vida rutinaria, tan cerril y apesadumada, como era al principio.

Pretender elevar el nivel cultural del campo, sin que sea acompañado de una inmediata elevación en el nivel de vida, es correr el riesgo de aumentar la masa de gente que, huyendo del agro, se traslada a la ciudad, ya sea a trabajar manualmente, ya sea a procurarse un empleo burocrático al que, por desgracia, somos tan aficionados los españoles y creando de paso una grave situación que se acusa no solamente en nuestras principales poblaciones, sino en todas las grandes urbes del mundo. Nos decía, hará un mes, un profesor de la Universidad de Columbia, que uno de los problemas más graves de Nueva York es el que plantea la extraordinaria afluencia de portorriqueños. Atraídos por el brillo de la gran ciudad, como las mariposas por la luz, emigran a ella junto con sus familias, y como la casi totalidad están carentes de recursos económicos, se ven obligados a hacinarse en locales sin las más mínimas condiciones de habitabilidad, creando un conflicto que preocupa grandemente a las autoridades neoyorquinas.

Proyectando a más distancia, es decir, ampliando el problema de elevar el nivel cultural del mundo, es paralelo al de mejorar su alimentación. Leámos hace unos días que el 85 por 100 de la población humana no tiene totalmente cubiertas sus necesidades alimenticias y muere en estado de pobreza. Y que la mayor parte, un 75 por 100, son campesinos y es donde se acusan más acen-

tuadamente los problemas de analfabetismo y bajo nivel cultural. Teóricamente pudiéramos pensar que dedicando todas las áreas de cultivo a la obtención de productos destinados a satisfacer esa necesidad alimenticia, habíamos hallado la solución. Prácticamente no es así, puesto que la causa primordial no es la falta de alimentos, sino el bajo poder adquisitivo de la masa campesina. el 15 por 100 de la Humanidad que dispone de dinero, no puede absorber esa producción, pues sus necesidades alimenticias no pasan de tres comidas diarias. Pero tienen, por otra parte, una serie de necesidades cuya satisfacción carece prácticamente de límite. Les es posible comprarse muchas casas, muchos trajes y numerosos objetos útiles y no útiles. Todos ellos pueden tener buena parte del material de que están contruídos, fabricado con productos procedentes del campo. Ello abre, por tanto, posibilidades de mercado tan ilimitadas como las necesidades no alimenticias. El labrador no tendrá que limitarse a cultivar plantas alimenticias, sino que podrá dedicarse también a las plantas industriales más remuneradoras, o sus ganancias aumentarán al aprovechar industrialmente otros cultivos tradicionales. Con su beneficio aumentará su poder adquisitivo y su alimentación y nivel de vida mejorarán. Entonces, la lucha contra el analfabetismo y a favor del aumento cultural se habrá hecho mucho más fácil.

Queremos señalar, aunque sea rápidamente, el peligro que representa la forma de pensar de la mayor parte de nuestros compatriotas, y que es ya un mal que gravita acusadamente en la economía española. La dignificación que adquiere el obrero de la pluma. Llamamos así a los que con un pequeño bagaje intelectual, limitado corrientemente a saber escribir a máquina y conocer las cuatro reglas, se ganan la vida rellenando impresos en una de las múltiples oficinas que son la plaga de la civilización actual. Profesión, por otra parte, muy digna, pero que no debería alcanzar un plus valía en el concepto de la gente, con relación a un obrero especializado que tiene, a veces, mayores conocimientos y siempre más ingresos. Pero el hecho sucede y el obrero de la pluma se ve incluido en una más elevada capa social, por el hecho de haber cambiado de herramienta de trabajo.

Debido a ello y sobre todo en regiones con poca tradición industrial, lo mejor de la juventud procura evadirse del trabajo manual, perdiendo nuestras empresas unos magníficos especialistas. Y esta es una de las causas principales de nuestro atraso industrial, y no como tanto se ha jaleado estos años, un poco demagógicamente, a la falta de técnicos.

Todo esto, unido al afán de pertenecer a la administración del Estado, del que se dice que paga bajo, pero que exige menos, contribuyendo muy poco a remediar nuestra natural inclinación, descrita magistralmente en la picaresca, y de la que nos tenemos que apartar inexorablemente en esta tarea que, unidos todos los españoles, emprendimos el año 1939 de sacar a nuestra Patria de la postración secular en que había caído.

Y hemos llegado al momento difícil. A la hora de las conclusiones. Nuestra literatura se limita casi exclusivamente a la redacción de proyectos. En un proyecto se puede divagar en el documento primero, que es la memoria, pero siempre se llega al último, donde no valen evasiones. Es el presupuesto y hay que

estampar una cifra que, a fin de cuentas, lo resume todo. Debido a esa formación, creemos que igualmente toda charla debe llevar unas palabras condensando, poniendo al desnudo nuestro pensamiento. Y decimos que el momento es difícil, pues al condensar, que es una de las cosas más difíciles que hay, pues requiere un profundo conocimiento del tema, nos damos cuenta de lo inestable de nuestra posición. Un pie en el lado económico, relativamente firme, y el otro en el campo pedagógico completamente en el aire.

Pero como lo consideramos un deber, como nuestras opiniones, aunque largas, son sinceras, y sobre todo porque contamos con la benevolencia del lector, nos atrevemos a resumir esta nota en tres puntos:

- 1.º El aumento del nivel de vida debe proceder, o cuando menos acompañar, al incremento del nivel cultural.
- 2.º Hay que dar entrada en la enseñanza, a las materias que tienen una inmediata repercusión en la producción.
- 3.º Hay que modificar la psicología española, extirpando muchos prejuicios que perturban notablemente nuestra economía.

ROSENDO FERNÁNDEZ FERRÉ